

La Comuna

Nº 6
Diciembre
de 2001

Revista ideológica del Partido
Revolucionario de los Trabajadores



2 pesos



Página 2

Editorial

Páginas 3 a 5

La cuestión del poder

Páginas 6 y 7

El imperialismo es guerrerista por naturaleza

Páginas 8 a 10

Crisis: algunas consecuencias políticas de las transformaciones productivas

Páginas 11 a 13

Sobre dialéctica

Página 14 y 15

Propaganda y agitación

Página 16

Estado y poder

Entre la publicación del número anterior, de principios de setiembre pasado, y el presente, se ha agravado la situación económica de nuestro país, mientras la burguesía dominante hace recaer sus consecuencias sobre el conjunto del pueblo. Pero como contrapartida, el descreimiento contra las injustas condiciones impuestas, están creciendo hasta límites pocas veces conocidos en nuestra patria, llegando a influenciar a los propios mecanismos “sagrados” de la burguesía, como ocurrió en las elecciones del 24 de octubre.

Por otra parte, a nivel internacional, a partir del atentado del 11 de setiembre contra las torres gemelas de Nueva York, se ha declarado lo que el imperialismo llama la guerra del bien contra el mal, poniendo con ese pretexto en movimiento a la poderosa industria bélica de EE.UU., para causar daños y muertes incalculables en los pueblos del mundo. Es por toda esta situación que en este número incluimos algunos artículos de actualidad. En primer lugar, apoyándonos en las enseñanzas de los clásicos, publicamos “La Cuestión del Poder”, cuestión ésta que comienza a reflejarse en el ánimo de los sectores de vanguardia de las masas, tan castigadas por la estrategia capitalista de la “globalización”. Se trata de analizar las condiciones para el cambio de poder político, que constituye la llave para avanzar en las grandes transformaciones que han de conducir al socialismo.

En segundo término, publicamos “El imperialismo es guerrerista por naturaleza” adentrándonos en la historia del capitalismo en el mundo y particularmente en su etapa actual. En su desarrollo advertimos que en esa esencia guerrerista está el origen los diversos conflictos bélicos que han asolado a la humanidad desde el siglo XIX hasta nuestros días.

En el artículo que lleva por título “Crisis: algunas consecuencias políticas de las transformaciones productivas” nos proponemos investigar las consecuencias que tiene en el marco local el desarrollo desigual del capitalismo, particularmente con referencia a los cambios de localización poblacional y su influencia en las elecciones. En el artículo se avanza sobre este aspecto, indicando qué representan las elecciones para la burguesía y, en relación con las celebradas en octubre del 2001, qué enseñanzas pueden obtener los revolucionarios de ellas.

En “La Dialéctica” hemos querido ingresar en el estudio de algunos principios de este método indispensable de análisis científico para el estudio de las ciencias sociales y, sobre todo, de la práctica política.

Por último, con “Propaganda y Agitación” repasamos distintas herramientas y el papel que cumplen como reflejo de la actividad del Partido junto al proletariado y el pueblo, y cómo deben combinar coherencia entre la palabra, la idea y la acción.

La cuestión del poder

En toda lucha revolucionaria, la aspiración máxima de quienes intervienen en ella es la conquista del poder político; es decir, el poder del Estado.

Naturalmente el poder del Estado (que es el Estado de la burguesía) tiene un claro contenido de clase. Por lo tanto es un burdo engaño el “postulado” que difunde la propaganda burguesa de que el Estado es una institución neutral elegida por el conjunto del pueblo, y que actúa como árbitro entre las aspiraciones de las distintas clases sociales. Dice Lenin que “el Estado es producto y manifestación del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase. El Estado surge en el sitio, en el momento y en el grado en que las contradicciones de clase no pueden, objetivamente, conciliarse. Y viceversa: la existencia del Estado demuestra que las contradicciones de clase son irreconciliables” (El Estado y la Revolución, pág. 13).

Hay que tener en cuenta que el Estado como institución ha recorrido un largo camino desde su aparición en la historia de la humanidad hasta el capitalismo. Hoy la burguesía, mediante el Estado, no sólo asegura su dominación sino, particularmente, garantiza la explotación de las demás clases sociales.

A través del tiempo, la ideología burguesa ha logrado instalar en el conjunto del pueblo, la creencia de la inmutabilidad del Estado burgués. Favorecen este convencimiento las propuestas reformistas que encandilan a muchos sectores de las masas, con la promesa de eventuales mejoras por el acceso de algunos de sus representantes a participar en el gobierno de turno.

Con relación a ello dice Lenin en el prólogo del Estado y la Revolución que: “La lucha para arrancar a las masas trabajadoras de la influencia de la burguesía en general y de la burguesía imperialista en particular, es imposible sin luchar contra los prejuicios oportunistas en lo concerniente al Estado”.

En épocas de tranquilidad social la burguesía puede ejercer su dominación sin mayores sobresaltos. En esos periodos la lucha de clases se circunscribe a las batallas reivindicativas desarrolladas dentro de una aceptación plena de las reglas de juego impuestas por el Estado burgués.

Pero el ininterrumpido avance de la concentración y centralización que expresa una ley del capitalismo, va originando roces y resistencias, primero al interior de los sectores burgueses, y luego en las demás clases sociales. Cuando definimos a la época en que vivimos como de “capitalismo monopolista de Estado”, queremos decir que hoy el Estado se encuentra al servicio directo de la gran burguesía financiera. Pero aún en nuestros días la concentración sigue su curso y se expresa en una salvaje lucha que va dejando continuamente en el camino nuevos sectores de la burguesía.

La globalización, que hoy constituye la herramienta estratégica del sector dominante del poder capitalista, acelera la ruina de vastos sectores de la burguesía. Se advierte sobre todo en los países periféricos, en los que hasta hace poco estos sectores –aunque dependientes– medraban aún con actividades menores y ahora han quedado fuera del reparto.

Pero hoy, la más importante consecuencia de la globalización es la miseria de millones de humildes habitantes, por la falta de trabajo y reducción de salarios y por la pérdida de la protección del Estado (empleados públicos, jubilados, pensionados y el pueblo en

general, así como la supresión del papel del Estado en la salud y la educación públicas, etc.).

En tales condiciones se acaba la tranquilidad social, aparece la resistencia popular y con la experiencia adquirida en las diversas luchas, crece el nivel de conciencia. Dichas luchas adquieren características especiales en cada una de las sociedades capitalistas, de acuerdo a la propia experiencia de los pueblos.

Hemos visto las multitudinarias movilizaciones y enfrentamientos ocurridos no hace mucho en el sudeste asiático (los llamados tigres), con motivo de las profundas crisis capitalistas originadas en la globalización.

Un ejemplo más cercano y aleccionador lo constituye lo ocurrido en Ecuador en febrero de 1997. Allí el profundo descontento popular desembocó en la rebelión de vastos sectores que llegaron, incluso, a desbordar el poder del Estado burgués; pero la falta de dirección política dejó trancas las posibilidades revolucionarias.

También en la Argentina el pueblo lucha contra la dominación representada por el Estado de los monopolios, en manos de ese (delgado pero poderoso) sector de la clase dominante, que es la gran burguesía financiera internacional. A partir de la recuperación de la democracia burguesa, el descontento social se ha manifestado de diversas formas. Primero con nutridas manifestaciones populares en el área de los derechos humanos (contra el levantamiento carapintada, contra los indultos, etc.), luego en defensa de la educación pública, etc. Más adelante, a partir del Santiagueñazo se expresó mediante verdaderas rebeliones populares, que todavía carecían de orientación política precisa (Cutral –Có, Tierra del Fuego) y luego con un contenido político concreto, como las últimas triunfantes, en Corrientes y en Gral. Mosconi.

En definitiva, este proceso expresa el fin de las ilusiones sobre los beneficios de la democracia de los monopolios y los avances populares desde la resistencia a la progresiva recuperación de la iniciativa.

El generalizado repudio popular se ha manifestado el 14 de octubre con el desprecio a la clásica herramienta de dominación burguesa que es el voto, como sostén del postulado “democrático” del capitalismo de que el pueblo no delibera ni gobierna sino a través de sus representantes. Engels llamaba al sufragio universal, directamente, “instrumento de dominación de la burguesía”. En un país como la Argentina, donde habitualmente vota el 80% de los habitantes, más de la mitad del electorado se pronunció por la abstención, el voto en blanco o de protesta.

Tanto en ésta como en las demás manifestaciones populares ha existido cierta orientación en el objetivo a conquistar, pero ha faltado la dirección política concreta, necesaria para triunfar en cualquier lucha de poder.

En todos los ejemplos de revoluciones triunfantes en el mundo, ha existido una dirección política encarnada en un partido de vanguardia. Pero siempre respetando el principio de que la revolución la hacen las masas y no los partidos, ni siquiera las vanguardias separadas del resto del movimiento de masas.

Tenemos claro que la definición de “poder” no está contenida solamente en el “poder del Estado”. Cuando las masas organizadas enfrentan a las instituciones de la burguesía por una reivindicación concreta, hablamos de “poder dual” y cuando logran independizar un territorio (por pequeño o transitorio que sea), nos referimos a un “poder local”.

En cada país estos niveles de poder que se oponen al de la burguesía, adquieren modalidades particulares (los soviets en la Revolución Rusa, la guerrilla rural en Cuba, etc.).

Hoy en nuestro país las aspiraciones de poder del pueblo se expresan en las autoconvocatorias que constituyen una herramienta de las masas activas para sortear o derribar las barreras que opone la burguesía a las legítimas aspiraciones populares. Se enfrenta así, en un lugar y tiempo determinados y por reivindicaciones concretas, el poder del pueblo contra el poder de la burguesía. Constituye entonces una expresión de lo que denominamos poder dual, cuyo ejercicio sirve de experiencia y va generando en las masas confianza en sus propias fuerzas, ante la comprobación de que “se puede”.

Cuando las luchas populares cuentan con una dirección política concreta y se inscriben dentro de un proyecto revolucionario, podemos decir que ha comenzado la escalada hacia la disputa del poder político, o sea el poder del Estado.

No siempre la derrota de la burguesía y la conquista del poder político por el pueblo garantizan que éste sea duradero. Existen numerosos ejemplos en la historia de revoluciones triunfantes que no lograron consolidarse. El más cercano es Nicaragua, donde la revolución no pudo afirmarse, retrocedió y al poco tiempo el poder volvió a manos de la burguesía.

En esto juega el factor de clase; el proletariado es la clase que se opone históricamente a la burguesía por su ubicación en la producción capitalista. Para asegurar el avance de la Revolución hacia el modo de producción socialista es necesaria la presencia y la influencia del proletariado en la alianza de clases que haya conquistado el poder político. De lo contrario las clases intermedias se verán influenciadas primero, y desbordadas después, por la experiencia y el contenido de las propuestas de la burguesía y, si no cuentan con una dirección política fuerte y de conciencia proletaria, casi indefectiblemente retrocederán.

Sobre el tema del carácter proletario de la revolución ha escrito Lenin: “La teoría de la lucha de clases no fue creada por Marx, sino por la burguesía antes de Marx, y es, en términos generales aceptable para la burguesía... Circunscribir el marxismo a la lucha de clases es limitarlo, tergiversarlo, reducirlo a algo que la burguesía puede aceptar. Marxista sólo es el que hace extensivo el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la dictadura del proletariado”.

De allí que cobren enorme importancia en las situaciones revolucionarias, las tareas en los frentes estratégicos para dotar al proletariado y, por ende, al proceso de lucha de clases, de un proyecto que esté en condiciones de disputar la dirección política del conjunto del pueblo, a la vez que se ubica al partido de vanguardia a la altura de semejante desafío, como es dirigir las acciones hacia la conquista del poder político. Naturalmente, la revolución no ha terminado con la conquista del poder político y tampoco con la instauración del modo de producción socialista. Como sostienen los clásicos, será necesario construir la sociedad socialista (y en ese camino debemos tener en cuenta los errores que llevaron al derrumbe de la URSS), para pasar luego a la extinción del Estado en la sociedad comunista. Por eso dice Marx en Miserias de la Filosofía que “la clase obrera en el curso del desarrollo colocará en el lugar de la vieja sociedad una sociedad que excluya las clases y su antagonismo; no habrá ya poder político propiamente dicho, pues el poder político es precisamente la expresión oficial del

antagonismo de clases dentro de la sociedad burguesa” (pág. 182). Pero el desarrollo de este tema deberá ser materia de otro trabajo.

El imperialismo es guerrerrista por naturaleza

Decir que el capitalismo está en crisis más que una verdad es un pleonasmo. Porque decir capitalismo no es otra cosa que hablar de crisis, de choque de contrarios; no fue, no es y no será de otra manera.

La génesis del capitalismo se dio sobre la decadencia y el agotamiento del feudalismo, en el siglo XV, al que le siguió el surgimiento de un nuevo sistema económico-social, con nuevas formas y relaciones de producción que terminaron de moldearse con la revolución industrial iniciada en Inglaterra a fines del siglo XVIII y la consolidación de las dos clases antagónicas: la burguesía y el proletariado.

Las nuevas maquinarias, los avances en las comunicaciones y los transportes, y la expansión de mercados impulsaron el desarrollo y consolidación del capitalismo, siempre sobre la base de la extracción de la plusvalía, de la explotación del obrero, del saqueo de los territorios ocupados por las potencias capitalistas, de las desigualdades, el hambre y la muerte de millones.

La crisis, la concentración de la producción y del capital, las contradicciones, la apropiación de materias primas (carbón, oro o petróleo, por ejemplo), generaron con el devenir del tiempo no pocos conflictos, destrucción y más muerte.

Al mejor estilo de los señores feudales que vivían por y para la batalla, los grandes capitalistas encontraron en las guerras no sólo una vía de dirimir diferencias y aplastar al más débil, sino de desarrollarse a sí mismo, impulsando de forma fabulosa la industria armamentista.

En Europa, en las colonias americanas, asiáticas y africanas, las grandes potencias europeas vivieron en permanente estado de guerra, hasta que estalló, al inicio del siglo XX, la Primera Guerra Mundial (1914-18).

El asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria en Sarajevo, en junio del 14, es el episodio que los historiadores dan como detonante de la conflagración mundial. Atribuyéndolo a un estudiante bosnio supuesto integrante de la organización terrorista Mano Negra, el gobierno imperial de Austria conminó a Serbia para que reprimiera y censurara toda actividad antiaustriaca. La negativa de Belgrado, las alianzas que se definieron entonces, devinieron en el estallido de una guerra intercapitalista, por la conquista de mayores cuotas de poder (y mercados) entre sectores enfrentados de la gran burguesía del centro de Europa.

Pero no sólo destrucción y muerte dejó tras su paso la llamada Gran Guerra, sino también una esperanza, una señal de un nuevo sistema socio-económico que habría de surgir de la destrucción del capitalismo, con la Revolución Rusa de octubre de 1917.

Con Lenin a la cabeza, por primera vez después de la Comuna de París la clase obrera llegó al poder. A diferencia de los parisinos, los soviets consolidaron su poder del Estado y asumieron los destinos de una inmensa nación, experiencia que dejó una huella imborrable en la lucha de los pueblos por su liberación y en camino al socialismo, pese a la estruendosa caída de una experiencia desvirtuada y desviada con el correr de las décadas.

La vieja Europa quedó muy golpeada tras la guerra, arrastrando en su debacle a todo el sistema, incluido al pujante Estados Unidos.

Con el crack financiero de 1929 en Wall Street, EE.UU. se convirtió en tierra de marginación y hambruna, de quiebras y expulsión de decenas de miles de obreros del

mercado de trabajo, todo lo cual se multiplicó por diez o por cien en otros rincones del planeta. Incapaces de reactivar la economía, desataron las fuerzas más reaccionarias de la época, instigando nuevas salidas guerreristas. En Alemania emergía una figura símbolo de la ambición y crueldad de la gran burguesía: Adolph Hitler.

La declaración de guerra de Alemania con la ocupación de Polonia en el '39, puso en marcha el gran aparato bélico y colocó negro sobre blanco la puja interimperialista por ganar posiciones en territorios a anexionar o dominar.

Nuevamente el argumento fue pueril: Hitler pretextó un supuesto ataque terrorista polaco a una emisora de radio del III Reich en la frontera común para invadir Polonia el 1º de septiembre de ese año.

En el mundo entero el capitalismo fue avanzando en la faz imperialista, acelerando la concentración económica y la creación de grandes monopolios, desnudando que la Segunda Guerra Mundial fue, antes que nada, un enfrentamiento interimperialista en pos de la hegemonía de la dominación, en una época en donde la URSS se mostraba a la faz del mundo como un pueblo decidido, consciente y capaz de los mayores sacrificios frente a la agresión nazi.

La derrota alemana pulverizó a una facción belicista del capital financiero y la post-guerra echó a andar una nueva fuerza productiva favoreciendo, con el Plan Marshall, la pronta reconstrucción de Europa para oponer a la URSS un frente común imperialista. Nació la Guerra Fría.

Después de 1945, la cruzada belicista del imperialismo en contra de los pueblos en lucha no cesó. Corea, Viet Nam, Laos y Camboya, Santo Domingo, Granada y los intentos frustrados contra la Cuba revolucionaria son sólo algunos ejemplos de intervencionismo yanqui, a los que se podrían sumar, entre otros, los de Francia en el sudeste asiático, en Argelia y otros países africanos.

Las crisis cíclicas al seno del sistema y entre sus componentes se pareció, en términos históricos, cada vez más a una fuga hacia adelante, que desnudó también su propia vulnerabilidad, en especial en 1975 con la derrota en Viet Nam y, en otra escala, con sus fracasos desestabilizadores en la rebelde isla caribeña que resiste bajo sus narices.

LA CRISIS ACTUAL

La actual crisis del capitalismo a nivel mundial se constata tanto en lo político y en lo económico, como en la imposibilidad de resolver los acuciantes problemas sociales que el mismo sistema genera y que amenazan con romper algunas de sus compuertas.

Potencias imperialistas como Japón no logran salir de una recesión que lleva casi diez años, mientras Europa y EE.UU. han entrado en la misma variante, sin avizorar una salida en el corto plazo. Ni qué hablar de los demás países del mundo capitalista donde el retroceso económico se transformó ya en una depresión que cae con todo su peso sobre las espaldas de sus pueblos.

Una vez más, frente a la crisis y la creciente conflictividad social en los más variados rincones del planeta, el imperialismo alza sobre la cabeza de la humanidad una nueva espada de Damocles, poniéndola al borde de un conflicto armado de impredecible desenlace, tanto para millones de seres humanos como para el propio sistema capitalista.

La excusa, una vez más, fue un supuesto ataque terrorista, ahora de un ex colaborador yanqui devenido en enemigo público número uno y argumento de peso para avanzar

sobre Afganistán, casualmente una zona alternativa muy rica en petróleo, y tratar de poner de rodilla a todo tipo de gobernantes.

El imperialismo intenta hoy con un nuevo estado de guerra salvar al capitalismo de recesiones que, en un mundo cada vez más globalizado, le hace correr muchos más riesgos que los que debió enfrentar en 1930.

LA CONTRADICCION PRINCIPAL

Hasta la Segunda Guerra, aún dominaba el mundo la política del colonialismo, la ocupación de territorios por parte de las metrópolis, y la dominación sobre los países anexionados. Pero el desarrollo del capitalismo devenido en imperialismo, significó la superación de esa faz de la dominación, avanzando hacia la mayor concentración económica y centralización del capital, bajo la dominación de una gran oligarquía financiera –que es esencialmente guerrerista y cuyas pujas las resuelve en forma violenta– y con fuerte hegemonía del imperialismo yanqui.

La lucha interimperialista no aparece en un territorio definido sino que se desarrolla en el control monopólico sobre los Estados, recurriendo al continuo estado de guerra (como contra Irak) y agitando enfrentamientos inter-étnicos por doquier.

La oligarquía dirige sus conflictos económicos y políticos en todos los terrenos, tanto realizando golpes de mercado como creando movidas financieras, para tapar la crisis estructural en que se encuentra.

El capitalismo imperialista es capaz de todo y no le tiembla el pulso a la hora de inventar nuevos enemigos. Por todos los medios –ahora con esta extensión mundial del estado de guerra tras los atentados del 11 de setiembre– intenta superar la recesión en que ha entrado el sistema en su conjunto.

La etapa actual de la lucha de clases pasa por la globalización –denominación que se le da a la estrategia del imperialismo en la etapa–, que encierra en sus entrañas su propia destrucción, ya que pone a todos los pueblos en su contra, acentuando como pocas veces antes la contradicción principal del momento: imperialismo-pueblo.

Es momento entonces de desenmascarar esta nueva escalada guerrerista y señalar que, en sus pujas internas, el imperialismo busca desviar el eje de la confrontación real interponiendo falsos enemigos y falsas alternativas.

Por ello, el papel del revolucionario está en profundizar la verdadera contradicción, especialmente contra la hegemonía del imperialismo yanqui, y advertir acerca de los falsos cantos de sirena de “libertades duraderas” o “justicias infinitas” donde el adversario es un supuesto “terrorismo” sin patria, que bien puede adquirir mañana el rostro de un obrero, un campesino, un militante político, un desocupado o un deudor rebelde en cualquier parte del mundo, incluida la Argentina, por supuesto.

Crisis: algunas consecuencias políticas de las transformaciones productivas

El presente artículo se propone relacionar el proceso histórico de cambios en la economía y la sociedad con el actual contexto de una crisis capitalista que marca claros indicios de pérdida de legitimidad del poder de la burguesía. En este contexto, la crisis se expresa de manera superlativa en la marcada tendencia al fraccionamiento institucional dentro del orden burgués. Resulta por lo tanto fundamental entender que este proceso es una consecuencia directa del avance de la lucha de clases en la sociedad argentina, cuestión que nos lleva a la necesidad de conocer más a fondo la realidad de cada región del país donde se expresa en concreto la lucha de las masas para avanzar en una propuesta política unificadora.

1. Introducción

El artículo propone la necesidad de analizar con un sentido estratégico cómo está impactando y como impactará el desarrollo desigual del capitalismo en el marco local en relación a los enfrentamientos sociales que localmente irán ocurriendo de forma creciente, tanto en cantidad como en calidad.

Este fenómeno, inherente a la dinámica capitalista que da cuenta de la combinación simultánea de efectos e impactos desiguales en la evolución de la economía y la sociedad presenta además en cada momento histórico su propia especificidad. Uno de esos aspectos más importantes hoy, está relacionado con la forma particular que toma el proceso de cambios en la organización productiva capitalista, en la localización de población, situación que se da tanto en zonas ya muy concentradas, como de reciente ocupación.

Considerando que cada realidad zonal dará especificidad a los conflictos sociales en desarrollo, queremos plantear un marco general de análisis.

El punto de partida general de este fenómeno será nuevamente una manifestación más de la crisis del histórico proyecto burgués que, a través del control de la hegemonía del Estado por parte del capital industrial (Capitalismo de Estado), se orientó durante cuatro décadas (1930/1970) a la inclusión de grandes franjas de la población argentina dentro de la economía formal capitalista, en el marco de la expansión del trabajo asalariado.

Esta situación determinó básicamente, que los mayores asentamientos poblacionales de carácter masivo, se produjeran principalmente en donde se localizaba el empleo industrial (directo e indirecto). Así durante años, el regulador principal de los flujos de población y movimientos de localización, fue la generación de nuevos puestos de trabajo en zonas específicas del país (Gran Buenos Aires, Gran Córdoba, Gran Rosario, etc.). El proceso de crisis económica y política iniciado a partir de 1975 –que ya hemos señalando en los números anteriores de La Comuna– indica cómo la lucha de clases, en una fase de ofensiva del capital financiero, generó efectos decisivos en la estructura económico-social que tienen manifestaciones claras la crisis actual, como ser:

- a) la pérdida del empleo industrial;
- b) la expansión de los espacios del capital financiero;
- c) la pérdida de históricas conquistas sociales no vinculadas a la remuneración salarial;
- d) la abierta transformación de los cuadros burgueses en funcionarios del capital monopolístico más concentrado, entre los principales fenómenos a destacar.

La combinación de los mismos ha generado como respuesta diversos movimientos de expulsión y relocalización de población que por su extensión geográfica adquieren para cada realidad local (provincial, regional) una particular situación y, además, seguramente plantean diferentes niveles de análisis de las perspectivas y modalidades dentro del extendido mapa de las luchas en Argentina.

Así, el proceso de desarrollo del capitalismo en los últimos 20 años ha impactado sobre el orden social, no sólo por los específicos efectos económicos que hemos señalado en notas anteriores, sino también por los diferentes fenómenos vinculados a este proceso de transformación que ocurren a nivel de los distintos sectores de la producción donde se produjeron los cambios más importantes de las últimas décadas.

Uno de los impactos para destacar ha sido el creciente proceso de desplazamientos de población como consecuencia de la desarticulación económica y productiva. Este proceso ha resultado ya importante en numerosas regiones del país y se acerca cada vez con mayor fuerza a algunos de los principales núcleos urbanos con marcados efectos, tanto para la burguesía como para los sectores populares.

Por una parte, se está modificando a pasos agigantados la idea del tradicional asentamiento burgués y pequeño-burgués de los suburbios, bajo la concepción de que las tradicionales zonas de asentamiento de la clase media ya no resultan “seguras” en términos históricos. La creciente conflictividad en la sociedad producto de la lucha de clases en avance, se traslada hoy de manera directa y acelerada a ciertas zonas.

El permanente desplazamiento de segmentos de fracciones burguesas a los denominados barrios cerrados, countries, club de campo, etc., no sólo busca delimitar nuevas y más precisas fronteras en las relaciones sociales, sino que también propone modelar (en muy diferentes patrones) una estructuración social e ideológica de fuerte contenido fragmentativo. Esto ocurre en tanto los contactos entre núcleos sociales (aún burgueses) se dan dentro de modalidades que restringen a áreas estrictamente determinadas la circulación de población. Así, zonas importantes del conurbano bonaerense se están desarrollando sobre la base de las nuevas localizaciones, como por ejemplo el expansivo caso del partido de Pilar donde han emergido pequeñas nuevas ciudades bajo esta modalidad y con claras diferencias con las formas de localización de décadas atrás.

Por otro lado, la creciente pauperización de capas medias y sectores populares también implica desplazamientos. La alta carestía de vivir en zonas urbanas como la Capital Federal, la pérdida de empleo o su precarización, dan forma precisa a esta tendencia también en expansión. La misma se alimenta con las migraciones del interior del país y las provenientes de países limítrofes. Hoy, en determinadas zonas densamente pobladas, estas fronteras se tocan o se superponen y representan áreas de potenciales conflictos.

2. Herramienta de dominación

El triunfo del capitalismo en el mundo, con la necesidad de participación multitudinaria en la ascendente escala de la producción y el consumo, trajo algunos conceptos democráticos, profundamente idealistas, que la Revolución Francesa sintetizó en Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Aunque quedaran en el papel y desvinculadas de la realidad de las masas populares, estas ideas debían necesariamente plasmarse en documentos o mecanismos que pudieran ser exhibidos como democráticos y sirvieran de valla a los embates del viejo orden feudal.

Para ello la burguesía instrumentó las constituciones liberales del siglo XIX y el voto universal como medio indispensable para elegir a los gobernantes, plasmando a su interés la consigna de “igualdad”.

Desde luego, la clase dominante manejó siempre el mecanismo electoral, suprimiéndolo cuando no podía controlarlo. Constituyó desde entonces la mejor herramienta “democrática” de dominación de la burguesía. Sobre ella decía Marx que servía para elegir cada tanto tiempo al representante de la burguesía que nos había de oprimir el próximo período.

Las instituciones y estructuras creadas por la burguesía (partidos políticos, leyes y funcionarios electorales, justicia, punteros, etc., etc.) condicionan los comicios para que sirvan a sus propósitos estratégicos de dominar manteniendo la paz social. Pero también los revolucionarios necesitan examinar cuidadosamente los resultados electorales tratando de no echar en saco roto sus enseñanzas.

3. La crisis social expresada en política

De acuerdo a los fenómenos mencionados, podemos sostener a manera de hipótesis que este cuadro de situación –donde la población se “desplaza” junto a su “ideología”– ha influido de alguna manera en el reciente proceso electoral.

Aún siendo las elecciones –como decíamos– una forma fundamental del ordenamiento burgués del poder, la de octubre pasado presentó, en las actuales circunstancias de crisis, características especiales que expresan el estado de descomposición de una parte muy importante del ordenamiento burgués. En consecuencia, los siguientes comentarios tendrán por objetivo sólo hacer algún tipo de referencia específica a determinados hechos puntuales, más que comentar el fenómeno de orden general tan evidente como “la crisis de los políticos”.

Entendemos, por lo tanto, que parte de los fenómenos subyacentes de crisis de dominación política han quedado marcados tendencialmente en los resultados de la última elección nacional. La marcada censura y repudio al conjunto de los funcionarios, además de expresar el estado de la crisis de representatividad de los partidos burgueses y sus cuadros políticos, también podría observarse como parte de un indicador de tendencias que tienen por sustento el impacto de los movimientos sociales sobre cada geografía en particular, como respuesta a la crisis económica. Dado que los mismos ocurren en distintas áreas o regiones del país (en simultáneo o no) conviene comenzar a analizarlos en función de los futuros escenarios de las luchas políticas y sociales. El estudio de las situaciones particulares será una importante herramienta en la tarea del desarrollo de los frentes estratégicos.

4. Votos fragmentados y diversidad geográfica

Aceptando que cada resultado electoral está poderosamente influido por la actividad de los punteros, por la mayor o menor efectividad de la propaganda burguesa y los infinitos factores que juegan durante los comicios en cada región, ¿es posible –partiendo de los conceptos previamente señalados– explicar el fenómeno de la masividad del voto impugnado / blanco en ciertas zonas del país? Esta “masividad” requiere buscar más a fondo para obtener una explicación más precisa de las crisis particulares y de las luchas sociales que en cada región se llevan adelante. También debe llevarlos al estudio de las formas ‘ideológicas’ que por allí circulan.

Aún dentro del esquema general burgués, ¿es posible encuadrar con una sólo idea general el triunfo avasallador del voto impugnado en una gran diversidad de zonas de la Provincia de Buenos Aires como ser: Bahía Blanca, Coronel Pringles, Coronel Suárez, General Pueyrredón, Olavarría, San Andrés de Giles, San Isidro, Tandil, Tres Arroyos y Vicente Lopez? Sin duda, la diversidad de situaciones no expresa un mismo fenómeno. Entonces, a manera de ejemplo, ¿puede decirse que las recurrentes luchas sociales ocurridas en Mar del Plata en los últimos años (Partido de General Pueyrredón) sean comparables con los efectos de la crisis productiva que padece la región de Bahía Blanca y su periferia (incluidas áreas de tradicional asentamiento militar)?

Asimismo, ¿ambas situaciones son comparables a la crisis de hegemonía burguesa tan marcada en zonas donde tradicionalmente viven los empresarios, ciertos grupos profesionales o funcionarios de la justicia, como ser San Isidro y Vicente López? El triunfo absoluto de la tendencia “no legitimadora” (en el sentido burgués) del orden político actual en Capital Federal, la Provincia de Santa Fe y la Provincia de Tierra del Fuego ¿en qué línea de conflictos se debe ubicar?

5. El caso de la Provincia de Santa Fe

Estas consideraciones nos llevan a tener que plantear desde el punto de vista de una política sustentada en criterios del materialismo histórico, una posible línea explicativa que nos permita relacionar la cuestión de la “crisis general capitalista” con el tema de cómo opera la expulsión o concentración de población en cada región específica del país. La línea de análisis quizás pueda encontrarse en la formalización desde el punto de vista del marxismo como ha impactado el deterioro económico, social, cultural de los últimos 20 años, en aquellas zonas que fueron tradicionalmente bastiones de la actividad industrial de empresas grandes y medianas.

Tomemos por ejemplo el caso de la Provincia de Santa Fe que parece haberse manifestado como una región pionera en materia del voto en blanco. Este fenómeno (aún en el marco de la lucha interburguesa) viene resultando un hecho destacado a nivel político desde 1995. Quizás deba entonces considerarse que este fenómeno no resulta un hecho ajeno a la cuestión que la ciudad de Rosario y zonas de influencia (casi 1.000.000 de personas en la actualidad) fuera una de las primeras zonas tradicionales (en sentido de relación con el modelo industrialista) en entrar en crisis.

La expresión más clara de este hecho es que esta región provincial (con un marcado componente poblacional urbano) ha sido una de las primeras del país donde la tasa de desempleo paso los 2 dígitos hace ya casi una década. Una descripción más detallada de los principales hechos vinculados a esta situación, seguramente nos dará la razón. De acuerdo a esta línea de análisis, la ruptura de los “tradicionales” entramados sociales, sin duda es más crítica en las regiones donde estos llegaron a representar una matriz social dinámica en términos de estrategias históricas de la burguesía y donde importantes núcleos sociales vivieron y conocieron los beneficios de este proceso inclusivo. Por otra parte, entendemos que también correspondería profundizar respecto al fenómeno inverso, examinando sobre qué base material se asienta la “mayor estabilidad” del sistema burgués partidario en zonas tradicionalmente menos desarrolladas, o de desarrollo tardío. Aquí la referencia está en avanzar sobre el análisis de los casos de San Luis, Santa Cruz, La Rioja, La Pampa, Chaco, Santiago del Estero o Salta.

La riqueza del análisis de estos hechos está sin duda en poder examinar dialécticamente la forma desigual en que la crisis ha explotado en cada zona del país. Sin duda, las respuestas sociales a la pauperización y crisis, de acuerdo a los criterios enunciados, no se presentan de igual forma en todas las regiones.

6. Cada zona, un conflicto

Volviendo al análisis de la realidad inmediata del país, vemos cómo se va abriendo día a día un inmenso campo para la lucha política en un proceso del enfrentamiento social que está casi al límite de su tensión. El mismo ocurre bajo la particular circunstancia histórica de que la burguesía ha “tocado fondo” en relación a su total imposibilidad para llevar adelante casi cualquier política de corte reformista, cuestión quizás impensada sólo unos meses antes.

En este sentido, la crisis se presenta con características de terminal, en una tendencia que se expresa permanentemente en la forma salvaje en que el pueblo debe pagar los costosos ajustes que le imponen en favor de las cuentas y de las finanzas del poder.

Por todo esto, es importante ver la relación de los núcleos temáticos expuestos (crisis económica, crisis política, movimientos de población) con la evolución de las luchas y su potencial dinámica. Esta cuestión expresa además la necesidad de contar con ideas que puedan orientar un trabajo de mayor profundidad vinculado a los hechos concretos que deriven hacia los futuros enfrentamientos sociales de tendencia insurreccional. Estos enfrentamientos tendrán inicialmente un carácter muy localizado y particular de acuerdo a la dinámica e historia de lucha de cada zona. A partir de esos espacios específicos de poder se podrá trabajar en la creación efectiva de las instancias del poder dual o local que deberán buscar su síntesis en una propuesta política abarcadora.

La realidad concreta indica que Argentina es hoy un inmenso territorio plagado de todo tipo de luchas sociales, económicas, ideológicas y políticas, que se entremezclan en todo momento. Resulta entonces tarea de los revolucionarios profundizar, entender y canalizar la dinámica de ese flujo de luchas para llevarlo a una política nacional que nos permita avanzar en las estrategias de poder directo del pueblo.

Sobre dialéctica

Como producto de la profunda crisis del sistema capitalista, del crecimiento de la acumulación de fuerzas en el pueblo y en la clase obrera, y de la agudización de la lucha de clases, la necesidad de realizar cambios cualitativos hacia un nuevo tipo de organización social es una realidad indiscutible en estos tiempos.

El marxismo leninismo se fundamenta al respecto en la concepción del Materialismo Dialéctico e Histórico y la diversidad de sus leyes, en donde no existe nada establecido de una vez y para siempre, no hay nada absoluto ni sagrado, en todo está el sello del fin inevitable, y lo único constante es el proceso ininterrumpido de surgimiento y desaparición, el ascenso infinito de lo inferior a lo superior.

Basándose en los principios de la dialéctica materialista podemos estudiar las leyes fundamentales del desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento humano, es la ciencia de las leyes generales del movimiento y el cambio. Pero la dialéctica, con ser una forma distinta de concebir el desarrollo de la naturaleza y la sociedad, es también un método de razonamiento. El hombre y la mujer que viven en sociedad no siempre utilizan la lógica formal como método de conocimiento, sino que habitualmente se valen de la dialéctica, aunque en general no sepan que lo están haciendo, ni sean capaces de definirla científicamente o de estudiar separadamente sus elementos.

La ubicación del individuo en la producción incide sobre su experiencia en la aplicación de la dialéctica a la solución de los problemas sociales. Suele decirse que la práctica social del proletariado facilita la comprensión y resolución dialéctica de cada contradicción que enfrenta.

Con el fin de favorecer su utilización consciente en la actividad revolucionaria, nos proponemos en este artículo develar sus principios y algunos de sus mecanismos.

“Los filósofos –decía Marx– no han hecho más que interpretar de diversos modos al mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo”.¹

La idea central es no concebir al mundo como un objeto terminado, sino como un conjunto de procesos en lo que las cosas que parecen estables (al igual que sus reflejos mentales en nuestros pensamientos), pasan por una serie ininterrumpida de cambios. Esto así, quién puede negarlo, pero una cosa es reconocerlo y otra aplicarla a la realidad concreta, en todo los campos, todos los días. Para la filosofía dialéctica no existe nada definitivo, absoluto, consagrado, no deja en pie más que el proceso ininterrumpido del devenir y del perecer, un ascenso sin fin de lo inferior a lo superior.

La idea del desarrollo, de la evolución, ha penetrado actualmente en la conciencia social, pero no a través de la filosofía, sino a través de una concepción que parece querer repetir etapas ya recorridas.

Lo distinto es pensar que este cambio no transcurre en línea recta, sino en espiral, en un terreno superior (Ley de la negación de la negación), un desarrollo a través de saltos, de revoluciones, que son interrupciones en el proceso gradual, transformaciones de la cantidad en calidad (Ley del tránsito de lo cuantitativo en cualitativo y viceversa), impulsos internos del desarrollo originados por las contradicciones, por el choque de las diversas fuerzas y tendencias que actúan sobre un determinado fenómeno concreto, o en el seno de una sociedad dada (Ley de la unidad y lucha de contrarios).

¿Cuáles son las herramientas de que disponemos para poder analizar la realidad considerada en su permanente cambio?

La dialéctica es el conjunto de leyes o principios generales del movimiento y los cambios ocurridos en la realidad; el método dialéctico viene a ser la aplicación sistemática de dichos principios en la explicación de los procesos sociales e históricos.

Los filósofos de la antigüedad, sobre todo los griegos, utilizaban la dialéctica como método de análisis, registraron oposiciones en las cosas y su movimiento, revelaron incluso la lucha de los contrarios; pero no la descubrieron como fuente de desarrollo, ni tampoco la percibieron como unidad; incluso a través de Heráclito, llegaron a concebir la constante mutabilidad de la materia y a incorporar el movimiento como integrante necesario de toda realidad. Ya a comienzos del siglo XIX, Hegel fue quien más desarrolló la dialéctica, pero no pudo extender dicho concepto a la esfera material de la realidad.

Notar las diferencias cualitativas es fácil para el hombre, reconocer los contrarios y oponerlos entre sí, no significa tener conciencia de su unidad.

En este contexto, analizaremos el movimiento y los cambios, desde la ley de unidad y lucha de contrarios, considerando que pone al descubierto la fuente interna del desarrollo de todos los objetos y fenómenos de la realidad, nos hace ver que, sin pasar por alto el papel que desempeña la totalidad y la interacción, el origen o punto de partida del movimiento y el cambio se encuentra siempre en el propio interior de los procesos.

¿Qué son los contrarios?

Hay dos tipos de contrarios: formales y concretos. Los primeros representan la relación de presencia y ausencia de alguna propiedad, rasgo, etc. Los contrarios de este tipo se estudian en la lógica formal.

La dialéctica estudia los contrarios concretos, estos no sólo establecen los opuestos, sino que presuponen la existencia de alguna particularidad que posee uno de ellos y el otro no, quien a su vez posee algo que el primero no lo tiene. Todo lo que existe está compuesto de elementos o aspectos contradictorios, esto es de elementos que presentan tendencias opuestas, y que, en consecuencia, se excluyen mutuamente. Entre los componentes internos de una cosa o fenómeno se entabla una relación de oposición recíproca en virtud de la cual uno tiende a eliminar al otro y viceversa, pero existe también la identidad.

Identidad es la relación de coincidencia de las propiedades, caracteres y rasgos de los objetos. La existencia de los contrarios presupone y determina tanto su propia existencia como la existencia del objeto concreto, de la totalidad, gracias a la cual se hace posible la interacción de los contrarios y, en consecuencia, la contradicción dialéctica. La contradicción dialéctica es la unidad de los contrarios a través de eslabones intermedios que se excluyen mutuamente en un mismo tiempo y en una misma relación, constituye la expresión más general, abstracta, de la estructura interna de todas las cosas materiales e inmateriales.

El movimiento y los cambios experimentado por un proceso cualquiera tienen como causa esencial a esta relación de opuestos que tiene lugar en su interior y a la que se le denomina Lucha de Contrarios o Ley de la Contradicción.

Marx estudió que la contradicción determinante de la Formación Económico-Social del Capitalismo se expresa en economía como el Capital y el Trabajo, y en el terreno político e ideológico entre la Burguesía y el Proletariado. Por ejemplo, los proletarios poseen el trabajo asalariado, ausente en la burguesía, y por otro lado, la presencia de determinada forma de propiedad en los Medios de Producción, que está ausente en el trabajador, está presente en la burguesía. Ambos se contraponen a la vez que constituyen EL MODO DE PRODUCCION CAPITALISTA, la cual expresa su unidad.

Si se toma el desarrollo, puede establecerse que el mismo consiste en la polarización de los contrarios, como consecuencia de ello, la unidad es relativa, transitoria.

“...La unidad (coincidencia, identidad, equivalencia) de los contrarios –escribió Lenin– es convencional, temporal, transitoria, relativa. La lucha de los contrarios, que se excluyen mutuamente, es absoluta, como es absoluto el desarrollo, el movimiento”...2

La relatividad de la unidad se expresa en que el equilibrio de los contrarios es siempre temporal, y la constante lucha de los contrarios determina siempre el cambio de las formas de su unidad.

Por tratarse de una relación mediante la cual entran en contacto dos elementos opuestos que se orientan a anularse mutuamente, la lucha de contrarios no describe una trayectoria simplemente progresiva y lineal; sobre todo en el terreno de los procesos sociales, donde los términos contradictorios están constituidos por grupos humanos o clases sociales, la lucha no puede seguir un movimiento uniforme y regular, sino que frecuentemente experimenta inversiones y retrocesos bruscos, en algunas etapas adoptan un ritmo lento e incluso parecen estabilizarse, mientras que en otras se suscitan enfrentamientos inusitadamente violentos en los que ambos contrarios despliegan toda la actividad de que son capaces.

Para su comprensión y estudio, podemos decir entonces que existen diferentes tipos de contradicciones, que por lo común se divide en las siguientes:

• FUNDAMENTALES Y NO FUNDAMENTALES. PRINCIPALES Y NO PRINCIPALES

La contradicción fundamental es la existente entre los elementos más extremos de la estructura del objeto. Respectivamente la no fundamental se produce entre cualesquiera otros elementos y aspectos del objeto. De acuerdo con el ejemplo citado la contradicción descripta Burguesía-Proletariado es la fundamental, pues abarca los aspectos más extremos de la estructura de la unidad dialéctica Modo de Producción Capitalista. Pero existe otro tipo de contradicciones, las no fundamentales que pueden ser, siguiendo con el ejemplo, las existentes entre las otras clases sociales; éstas representan aspectos de la unidad pero no son determinantes para los cambios.

Las contradicciones fundamentales y no fundamentales pueden actuar en calidad de contradicciones principales o no principales en dependencia de la fase del cambio del objeto.

Este tipo de contradicción, la principal, es aquella de la cual depende el ulterior desarrollo del cambio en esa etapa. Por ejemplo la contradicción Imperialismo-Pueblo es la contradicción principal en la actual etapa del desarrollo de los cambios en la Argentina, y es la que más se expresa en las luchas de nuestro pueblo.

• ANTAGONICAS Y NO ANTAGONICAS

Las contradicciones son antagónicas cuando una parte existe y se desarrolla a expensas de la otra (Burguesía-Proletariado). Las no antagónicas, en cambio, son las que algunos de sus aspectos son comunes, como por ejemplo las clases explotadoras dominantes han existido a costa del trabajo de las clases explotadas, pero dentro de ellas también existen contradicciones, como por ser los intereses encontrados entre el capital financiero e industrial.

Cuando la contradicción fundamental es antagónica, sólo se resuelve en el cambio, en la destrucción de esa unidad por otra nueva, que poseerá un nuevo tipo de contrarios y, por supuesto, una nueva identidad.

Por lo expuesto, lo determinante para lograr la necesidad del cambio que hoy se percibe en la sociedad, es la lucha de clases cuyos sujetos históricos son la Burguesía y el Proletariado, y la resultante de este cambio implica la desaparición de los contrarios (Burguesía-Proletariado), la destrucción de la unidad dialéctica (Capitalismo) y la construcción de una nueva Formación Económico-Social de Producción: el Socialismo.

CONCLUSION

Para analizar los cambios en todo proceso social, dialécticamente considerado, debe tenerse en cuenta que:

- 1- Todo proceso tiene por causa de su movimiento la aparición y desarrollo de contradicciones internas.
- 2- Los elementos que integran una contradicción se diferencian en sus fuerzas y alcances, por lo que uno toma el papel de determinante y el otro de subordinado. Sólo transitoriamente se logra el equilibrio en la relación de fuerzas.
- 3- En un mismo proceso tienen lugar varias contradicciones al mismo tiempo. Una de ellas tiene el rasgo de principal, por cuanto representa la oposición de las dos tendencias más extendidas en ese momento dado, y de mayor influencia para el proceso en su conjunto. Las demás vienen a ser secundarias y su desenvolvimiento está supeditado a la orientación que vaya tomando la principal.
- 4- El desenvolvimiento de la contradicción tiene tres etapas que se suceden en este orden: la latente, la dinámica y la definitiva. En la primera prevalece una extrema desproporción entre las fuerzas de los contrarios, por lo que el determinante no sufre resistencia notable por parte del subordinado, y en consecuencia se impone de manera casi absoluta. En la segunda, gracias a la reducción de dicha desproporción, los opuestos entran en mayor actividad y se afectan recíprocamente. En la tercera, cuando la oposición llega a su nivel más intenso, se pone de manifiesto la necesidad que uno de los opuestos elimine al otro en virtud de que no pueden subsistir ambos por más tiempo en el mismo proceso.
- 5- El término de un proceso requiere que lleguen a su solución las contradicciones que directamente formaron parte de su desarrollo. Antes de este momento no puede suscitarse el paso de un proceso a otro.

1. F. Engels: "Tesis sobre Feuerbach". C. Marx y F. Engels. Obras T III. Pag. 4.
2. V. I. Lenin: "En torno a la dialéctica". O.C. T. 29 Pag. 317.

Bibliografía

La ideología alemana: C. Marx y F. Engels

Anti-duhring: Federico Engels

Dialéctica de la Naturaleza: Federico Engels

Las tres fuentes y las tres partes integrantes del marxismo: V.I. Lenin

Carlos Marx (Breve esfuerzo biográfico con una exposición del Marxismo): V. I. Lenin

Propaganda y agitación

Según los clásicos marxistas, agitación es una idea para muchos, una idea que actúa como motivador, siendo en sustancia una herramienta para la acción; en tanto, la propaganda abarca más ideas y las profundiza, constituyendo una actividad central para la organización, la construcción de la alternativa política y la lucha ideológica.

La propaganda política debe reflejar la concepción estratégica y orientar la construcción de objetivos políticos tácticos que sirvan a esa estrategia.

La propaganda es un arte en el sentido de que requiere de la creatividad individual y la experiencia colectiva para desarrollar los medios más apropiados de difusión y transmisión de ideas partidarias, de manera tal que sean comprensibles para los destinatarios y, a la vez, contribuyan a su formación. En este sentido es necesario delimitar niveles de propaganda, crear herramientas específicas para cada uno de ellos y definir el carácter de las acciones de propagandización y difusión que se realizarán.

Prensa partidaria: el Periódico y la Revista Ideológica

La prensa partidaria permite concentrar todos los elementos de descontento político y de protesta y fecundar con ellos el movimiento revolucionario del proletariado.

Teniendo en cuenta el grado de desarrollo, la experiencia política de la clase obrera y su rol en el proceso revolucionario, es que el periódico debe estar dirigido al proletariado como vanguardia del pueblo y a través de él penetrar en las filas de los distintos sectores populares.

El periódico es un propagandista y agitador colectivo, contribuye a difundir ideas, educar políticamente y ganar aliados, conformándose en un organizador colectivo.

El periódico orienta la distribución de las tareas en función de la línea política, estableciendo de esta forma un nexo entre los diversos grupos, dando coherencia a la construcción del Partido, y permitiendo visualizar los resultados del trabajo organizado. Con la ayuda del periódico y en relación a él, se irá conformando la organización permanente que se ocupe de las tareas locales y generales. A través de él se siguen los hechos políticos, se articulan los métodos adecuados para influir sobre esos acontecimientos y se valora la significación e influencia de la construcción del Partido en los diversos sectores de la población.

Así, el periódico genera una red de agentes locales que mantienen entre sí un contacto político y de acción, que conocen el estado general de las cosas, y que a su vez producen y proveen la información necesaria para retroalimentar la línea y el periódico.

La publicación de un periódico partidario contribuye a preparar y promover propagandistas más hábiles, organizadores más capaces y dirigentes políticos talentosos, que sepan en el momento oportuno dar las consignas para el combate decisivo y dirigirlo. Es importante tener en cuenta que el grado de frecuencia y regularidad de la publicación y difusión del periódico es el barómetro más exacto para comprobar cuán sólidamente hemos sabido organizar la primordial y más urgente rama de nuestra acción de combate. Con respecto a la revista ideológica, su rol es propagandizar las ideas del Partido dentro de la esfera de lucha ideológica, constituyéndose en una herramienta central de acción política. Lenin afirmaba: “La labor socialista (...) consiste en hacer propaganda de las

doctrinas del socialismo científico, en difundir entre los obreros un concepto justo sobre el actual régimen económico social, sobre sus fundamentos y su desarrollo...”

La función central de una revista orientada a la tarea ideológica consistirá en priorizar la propagandización de la vigencia y la acción práctica de las doctrinas del socialismo científica, incluyendo los aportes concretos de cada revolución socialista. Esta función debe encararse a través de una práctica social concreta, dentro de las tareas generales de lucha política y como aporte fundamental y activo a la lucha de clases. Sus aportes teóricos tienden a la formación conceptual e ideológica de los militantes, posibilitando el pensamiento crítico y la aplicación creativa de la línea política del Partido.

Difusión de la línea partidaria

La política del Partido debe verse reflejada en la prensa de carácter antimperialista orientada no sólo al proletariado, sino a las grandes masas populares. Una prensa que permita a los sectores que luchan por sus reivindicaciones pero que aún no conocen otro modo posible de producción y organización social, comprender el contenido de clase de la democracia, y que a la vez impulse la lucha, la organización y la construcción del poder dual como método para la instauración de una democracia popular con profundo contenido antimperialista.

Existe también un nivel de propagandización permanente de la línea partidaria a través del posicionamiento de los militantes frente a los hechos cotidianos de la lucha popular. La agitación es una actividad revolucionaria impostergable frente al descontento popular, la rebeldía generalizada y la necesidad popular de avanzar hacia el logro de conquistas concretas. Las actividades de agitación se centran en impulsar aquellas ideas que en los diferentes momentos actúan como motivador, como herramienta para la acción.

La agitación debe llevarse adelante mediante equipos con carácter ofensivo y audaz, destacamentos dinámicos y creativos, capaces de instaurar “una idea para muchos” y de generar formas de difusión que aprovechen los recursos y el ingenio popular.

En tiempos de rápidos avances tecnológicos, por supuesto que no se debe desechar ningún medio electrónico para la difusión de las ideas revolucionarias. Internet, los correos electrónicos y todo lo que pueda aportar –en rapidez, masividad y agilidad– a llegar a ciertos sectores interesados en las propuestas partidarias, habrán de ser incorporados a las múltiples, variadas y complementarias formas de hacer agitación y propaganda.

De esta forma la agitación y la propaganda como reflejo de la actividad del Partido junto al proletariado y el pueblo, permiten la coherencia entre la palabra, la idea y la acción que caracterizó a nuestra organización y que perdura en la memoria colectiva del pueblo.

Propaganda y agitación

Según los clásicos marxistas, agitación es una idea para muchos, una idea que actúa como motivador, siendo en sustancia una herramienta para la acción; en tanto, la propaganda abarca más ideas y las profundiza, constituyendo una actividad central para la organización, la construcción de la alternativa política y la lucha ideológica.

La propaganda política debe reflejar la concepción estratégica y orientar la construcción de objetivos políticos tácticos que sirvan a esa estrategia.

La propaganda es un arte en el sentido de que requiere de la creatividad individual y la experiencia colectiva para desarrollar los medios más apropiados de difusión y transmisión de ideas partidarias, de manera tal que sean comprensibles para los destinatarios y, a la vez, contribuyan a su formación. En este sentido es necesario delimitar niveles de propaganda, crear herramientas específicas para cada uno de ellos y definir el carácter de las acciones de propagandización y difusión que se realizarán.

Prensa partidaria: el Periódico y la Revista Ideológica

La prensa partidaria permite concentrar todos los elementos de descontento político y de protesta y fecundar con ellos el movimiento revolucionario del proletariado.

Teniendo en cuenta el grado de desarrollo, la experiencia política de la clase obrera y su rol en el proceso revolucionario, es que el periódico debe estar dirigido al proletariado como vanguardia del pueblo y a través de él penetrar en las filas de los distintos sectores populares.

El periódico es un propagandista y agitador colectivo, contribuye a difundir ideas, educar políticamente y ganar aliados, conformándose en un organizador colectivo.

El periódico orienta la distribución de las tareas en función de la línea política, estableciendo de esta forma un nexo entre los diversos grupos, dando coherencia a la construcción del Partido, y permitiendo visualizar los resultados del trabajo organizado. Con la ayuda del periódico y en relación a él, se irá conformando la organización permanente que se ocupe de las tareas locales y generales. A través de él se siguen los hechos políticos, se articulan los métodos adecuados para influir sobre esos acontecimientos y se valora la significación e influencia de la construcción del Partido en los diversos sectores de la población.

Así, el periódico genera una red de agentes locales que mantienen entre sí un contacto político y de acción, que conocen el estado general de las cosas, y que a su vez producen y proveen la información necesaria para retroalimentar la línea y el periódico.

La publicación de un periódico partidario contribuye a preparar y promover propagandistas más hábiles, organizadores más capaces y dirigentes políticos talentosos, que sepan en el momento oportuno dar las consignas para el combate decisivo y dirigirlo. Es importante tener en cuenta que el grado de frecuencia y regularidad de la publicación y difusión del periódico es el barómetro más exacto para comprobar cuán sólidamente hemos sabido organizar la primordial y más urgente rama de nuestra acción de combate. Con respecto a la revista ideológica, su rol es propagandizar las ideas del Partido dentro de la esfera de lucha ideológica, constituyéndose en una herramienta central de acción política. Lenin afirmaba: “La labor socialista (...) consiste en hacer propaganda de las

doctrinas del socialismo científico, en difundir entre los obreros un concepto justo sobre el actual régimen económico social, sobre sus fundamentos y su desarrollo...”

La función central de una revista orientada a la tarea ideológica consistirá en priorizar la propagandización de la vigencia y la acción práctica de las doctrinas del socialismo científica, incluyendo los aportes concretos de cada revolución socialista. Esta función debe encararse a través de una práctica social concreta, dentro de las tareas generales de lucha política y como aporte fundamental y activo a la lucha de clases. Sus aportes teóricos tienden a la formación conceptual e ideológica de los militantes, posibilitando el pensamiento crítico y la aplicación creativa de la línea política del Partido.

Difusión de la línea partidaria

La política del Partido debe verse reflejada en la prensa de carácter antimperialista orientada no sólo al proletariado, sino a las grandes masas populares. Una prensa que permita a los sectores que luchan por sus reivindicaciones pero que aún no conocen otro modo posible de producción y organización social, comprender el contenido de clase de la democracia, y que a la vez impulse la lucha, la organización y la construcción del poder dual como método para la instauración de una democracia popular con profundo contenido antimperialista.

Existe también un nivel de propagandización permanente de la línea partidaria a través del posicionamiento de los militantes frente a los hechos cotidianos de la lucha popular. La agitación es una actividad revolucionaria impostergable frente al descontento popular, la rebeldía generalizada y la necesidad popular de avanzar hacia el logro de conquistas concretas. Las actividades de agitación se centran en impulsar aquellas ideas que en los diferentes momentos actúan como motivador, como herramienta para la acción.

La agitación debe llevarse adelante mediante equipos con carácter ofensivo y audaz, destacamentos dinámicos y creativos, capaces de instaurar “una idea para muchos” y de generar formas de difusión que aprovechen los recursos y el ingenio popular.

En tiempos de rápidos avances tecnológicos, por supuesto que no se debe desechar ningún medio electrónico para la difusión de las ideas revolucionarias. Internet, los correos electrónicos y todo lo que pueda aportar –en rapidez, masividad y agilidad– a llegar a ciertos sectores interesados en las propuestas partidarias, habrán de ser incorporados a las múltiples, variadas y complementarias formas de hacer agitación y propaganda.

De esta forma la agitación y la propaganda como reflejo de la actividad del Partido junto al proletariado y el pueblo, permiten la coherencia entre la palabra, la idea y la acción que caracterizó a nuestra organización y que perdura en la memoria colectiva del pueblo.

Estado y poder

Engels dice... que, al tomar el poder estatal, el proletariado “destruye, con ello mismo, el estado como tal”. “No es usual” pararse a pensar lo que significa esto. Lo corriente es desentenderse de ello en absoluto o considerarlo algo así como una “debilidad hegeliana” de Engels. En realidad, estas palabras encierran concisamente la experiencia de una de las más grandes revoluciones proletarias, la experiencia de la Comuna de París en 1871... En realidad, Engels habla aquí de la “destrucción” del estado de la burguesía por la revolución proletaria, mientras que las palabras relativas a la extinción del estado se refieren a los restos del estado proletario después de la revolución socialista. El estado burgués no se “extingue”, según Engels, sino que “es destruido” por el proletariado, en la revolución. El que se extingue, después de esta revolución, es el estado o semiestado proletario.

En segundo lugar, el estado es una “fuerza especial de represión”. Esta magnífica y profundísima definición nos la da Engels aquí con la más completa claridad. Y de ella se deduce que la “fuerza especial de represión” del proletariado por la burguesía, de millones de trabajadores por un puñado de ricachos, debe sustituirse por una “fuerza especial de represión” de la burguesía por el proletariado (dictadura del proletariado). En esto consiste precisamente la “destrucción del estado como tal”. En esto consiste precisamente el “acto” de la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad. Y es de suyo evidente que semejante sustitución de una “fuerza especial” (la burguesa) por otra (la proletaria) ya no puede operarse, en modo alguno, bajo la forma de “extinción”...

V.I. Lenin

(El Estado y la revolución)